día contestó el comandante de dicha plaza, general Francisco Sánchez negativamente, y comenzaron las operaciones de los liberales practicando un reconocimiento militar. A las nueve de la mañana del día treinta se procedió al ataque y después de cuatro horas de lucha fué tomada la plaza de San Luis á viva fuerza.

CAPITULO IX.

Julio de 1858.

La barranca de Atenquique.—Combate en el fondo de la barranca de Atenquique.—Miramón se retira para Guadalajara habiendo sufrido un descalabro considerable en Atenquique.—Proclama de Miramón.—Traición del comandante militar constitucionalista de Colima, teniente coronel Ignacio Martínez y fusilamiento de éste.—Marcha de Miramón al interior.—Situación de Guadalajara.—El obispo de Guadalajara viviendo al amparo del bandido Lozada.—El obispo Barajas de San Luis, expulsado—El general Leonardo Márquez preséntase en la escena de la guerra como general en jefe de la división del Poniente.—Proclama de Márquez en Acámbaro.—Expediciones de las tropas conservadoras de Guadalajara hacia el Sur.—Combate en Santa Anita.—Alarmas en Guadalajara.

La barranca de Atenquique está situada á unos ciento ochenta kilómetros al Sur de Guadalajara en la comprensión del 9.° Cantón de Jalisco, cortando el camino nacional que vá para Colima, en una extensión de cosa de un kilómetro que hay de borde á borde, y tiene de profundidad como unos mil metros. Lleva la dirección de Norte á Sur.

Para atravesar la barranca hay varios pasos; el principal, unido al camino nacional de que forma parte, es una vía de regular anchura, empedrada; comienza por el borde oriental en línea diagonal, sigue en zigzag y doblando laderas hasta el plán. Por este mismo

lado, antes de llegar al fondo hay una eminencia de casi igual altura á la del borde, la cual se adelanta bastante al lado occidental de la barranca.

Para descender al plán el camino se prolonga con las repetidas vueltas cerca de media legua: en el plán hay un corto valle atravesado por un pequeño río y en ese mismo valle está la aldea conocida con el nombre de Mesón de Atenquique. La pendiente de la barranca; por el lado de Colima es, en general, menos inclinada, excepto, en el tramo llamado el Caracol.

Desde los bordes de la barranca no se percibe más terreno despejado que algunos cortos tramos de la vía; cuando se desciende, espesas arboledas y hondas quebraduras limitan por todas partes el horizonte.

El día dos de julio, terminaban los liberales sus trabajos de trasborde de los trenes y de la artillería; entretanto, cubrían la retaguardia por la izquierda el general Rocha con el batallón Hidalgo 5º de Línea y Rifleros de Monclova; y el general Blanco con rifleros de Galeana, Batallón de Aguascalientes, Mixto de la Unión y Pueblos Unidos, posesionados de toda la cuesta occidental, desde el plán, cuando el estampido del cañón anunciaba la presencia del enemigo á retaguardia.

Miramón, en la madrugada del día dos, había salido de Ciudad Guzmán: llegó al borde oriental de la barranca de Atenquique cosa de las once de las mañana, formó sus tropas á la izquierda de la entrada, unas en batalla y otras en columnas, y colocó en batería sus cañones en el borde de la barranca. No conocía el campo ni era posible descubrirlo á primera vista, y sin hacer ningún reconocimiento topográfico, comenzó á cañonear con dirección al lado opuesto.

En seguida, hizo penetrar una columna que se posesionó de la eminencia, que está unida á la cuesta oriental que, como se ha dicho, se adelanta bastante al lado contrario: esa fuerza desplegó en varias líneas de tiradores, y empezó el fuego de fusilería por ambas partes.

Una fuerza como de doscientos reaccionarios desciende al fondo de la barranca, la hacen detenerse las balas liberales, y la desorganizan. Sucesivamente bajan tres columnas de infantería, á las órdenes del coronel Francisco Vélez: atacan decididamente las posiciones que defienden los liberales desde el plán. El ataque es vigoroso: la resistencia obstinada; pero los liberales ceden terreno, que palmo

á palmo van conquistando sus contrarios, bajo el fuego que los diezma. Trepan sobre la cuesta occidental, siguen avanzando y llegan hasta la segunda vuelta del Caracol; un esfuerzo más, rebasan la posición. A esa altura, los liberales hacen alto y cargan sobre sus audaces enemigos: se traba un rudo y mortífero combate; cesa en aquel sitio el ruido de fusilería, ya no hay tiempo para cargar las armas: se baten á la bayoneta. El choque dura muy poco tiempo: en esta vez los reaccionarios retroceden, peleando hasta posesionarse de las cercas y de las casas del valle, y allí esperan á pié firme. La refriega ha durado sin interrupción cerca de ocho horas; en ese tiempo no ha cesado de atronar el estampido de la artillería reaccionaria, que á consumido más de seiscientos proyectiles de á treinta y seis, de á veinticuatro y de á doce. El combate de este día costó á Miramón más de cien hombres muertos, entre ellos el coronel Lara, del Batallón de San Luis y cinco oficiales; doscientos veinte heridos, entre ellos el general Ruelas y veinte oficiales, y muchísimos dispersos.

De parte de Degollado hubo semejantes desgracias, pero no tanta dispersión.» Los soldados de la brigada Rocha, dice Degollado, recogieron algún armamento y lo mismo hicieron los de la sección Blanco, quienes además quitaron una banderola del batallón Ligero de Carabineros, que conservo en mi poder. Tuvimos algunas bajas lamentables de tropa y oficiales, que no pormenorizo porque aun no recibo los partes de los jefes de las líneas; pero estimo como un favor del cielo que se conserven sanos y salvos el Sr. General Núñez y el teniente coronel del 2º de rifleros de la frontera D. Mariano Escobedo, pues á los dos les mataron los caballos con bala de cañón. Al Sr. General Núñez se debe principalmente el éxito de esta importante batalla, y no puedo dejar de recomendarlo porque bajo los fuegos de artillería y fusilería no cesó de recorrer nuestras líneas, bajando y subiendo la barranca hasta el término de la acción. También es digno de mención particular el Sr. Comisario General Don Benito Gómez Farías, quien sin obligación se presentó en el campo de batalla, recorrió cuatro veces el espacio de seis leguas que separaba la vanguardia de la retaguardia de la División, y prodigó mil cuidados á nuestros heridos.»

Entrada la noche, se replegó Miramón á su campamento sentado por la mañana al borde de la barranca, llevándose á sus heridos,

y de allí participó á Guadalajara que había triunfado á la bayoneta; al mismo tiempo Degollado dejaba el campo, después de haber enviado á los heridos de sus tropas al hospital improvisado en Tonila, al abrigo de las fortíficaciones de Beltrán, y se replegaba á dichas fortificaciones en el concepto de que el combate de aquel día no era más que el principio de la lucha.

Pero Miramón retrocedió precipitadamente para Ciudad Guzmán y sin detenerse en la población más tiempo que el indispensable para tomar alguna gente forzada y dejar á los heridos graves, en el pavimento de la plaza de gallos y en las bancas de la escuela municipal, continuó retirándose á marchas forzadas para Guadalajara. Al saber Degollado ese movimiento, organizó una brigada ligera al mando del general José S. Núñez que marchó hostilizando la retaguardia de Miramón hasta las inmediacíones de Guadalajara.

Mientras se verificaba la sangrienta acción de armas en el fondo de la barranca de Atenquique estuvieron las fuerzas liberales amagadas de un gran peligro que la casualidad conjuró: fué ese peligro la traición calculada por el jefe que les guardaba la espalda en la ciudad de Colima

He aquí lo pasó: habiendo sido aprehendido un transeunte por uno de los pasos de la barranca de Beltrán cuyas posiciones estaban á cargo del coronel Domingo Reyes, fué llevado á presencia de este jefe y el preso se hizo sospechoso por no haber podido explicar satisfactoriamente á donde iba por aquellas serranías: se le hizo por orden del mismo jefe, un registro minucioso encontrándosele cuidadosamente oculto un pliego el cual estaba escrito de puño del teniente coronel Ignacio Martínez, Comandante Militar del Estado de Colima, dirigido al general Miramón, ofreciéndole ponerse á sus órdenes.

Ese pliego era prueba flagrante de traición y al mismo tiempo la sentencia de muerte de su autor. Y en aquellas críticas circunstancias, era preciso proceder al momento contra el infidente pues si este sospechaba estar descubierto, podía rebelarse al momento con las armas en la mano. El coronel Reyes, sin que nadie mas que él supiese el contenido del pliego, puso al mensajero en absoluta incomunicación é hizo llegar aquella terrible prueba á manos del general en jefe, quien con las precauciones del caso, logró la aprehensión de Martínez, luego consignó el hecho á un tribunal militar; y el émulo en Colima de Landa en Guadalajara, convicto y confeso del delito de infidencia, fué sentenciado á la pena capital y pasado por las armas el día doce de julio, en la ciudad de Colima, frente al convento de la Merced.

Entró á ejercer el cargo de comandante militar de Colima, el coronel Miguel Contreras Medellín, con fecha ocho de julio, y poco después fué nombrado, por la Legislatura, Gobernador del Estado de Colima.

El día ocho de julio, Miramón ya en Guadalajara, expidió á sus soldados una proclama en cuyos principales párrafos dice:

«Miguel Miramón, general en jefe del primer cuerpo de ejército de operaciones, á las fuerzas de su mando:

«¡Soldados.! Habéis escarmentado nuevamente al enemigo de nuestra fé é instituciones que, orgulloso, os esperaba en la inexpugnable barranca de Atenquique: le habéis hecho correr ignominiosamente quitándole sus carros y su tren de guerra: estoy pues satisfecho de vosotros .....al grito de Osollo y Religión habeis cargado con denuedo y escarmentado al enemigo. *Si las operaciones de la guerra nos hacen volver á esta capital, es porque aun tenemos mucho qué hacer*..... Un esfuerzo más y conquistaréis la paz de vuestra adorada patria ..... un esfuerzo más y salvaréis el honor de vuestras esposas, la vida de vuestros hijos y los templos sagrados de Dios .....»

Permaneció Miramón ocho días en Guadalajara cubriendo las bajas por medio de la leva y agenciando dinero; hasta el día diez y seis marchó para el interior dejando á los liberales dueños absolutos de todo el Sur de Jalisco y á la ciudad expuesta á un nuevo asedio.

Veamos la siguiente carta dirigida á Ogazón y publicada en Sayula qne contiene interesantes pormenores y apreciaciones acerca de la situación en Guadalajara por aquellos días:

«Guadalajara, 17 de julio de 1858.

Muy estimable amigo: Cumplo con el encargo que V. se sirvió hacerme de palabra, para escribir á V. las noticias que en esta ciudad se tengan por verdaderas. Quizás no quebrantaré la orden de la comandancia general, que castiga con la pena de 300 palos á los que propaguen noticias alarmantes y *falsas*.

Ayer salió de aquí (rumbo á Lagos) la brigada Miramón, con dos mil hombres poco más, y catorce piezas de artillería. Ignórase

si se situará en Lagos ó penetrará al Bajío para servir de nucleo de alguna división fuerte, con la que el gobierno trate de reconquistar á San Luis.

La guarnición que queda en esta ciudad es respetable, pues llegará á dos mil quinientos hombres y doce cañones. Entre estos se cuentan los cuatro [de á 4 y de á 8] llegados ha tres días de Mazatlán, con 300 fusiles de chispa.

La diligencia anterior á la de ayer, confirmó la noticia de la evacuación de la plaza de Guanajuato por el general Mora y Villamil, á la aproximación del coronel Aramberri con una brigada de la división del Sr. Zuazua. A esta hora no he hablado con persona alguna y no sé si la última diligencia ha dejado al Sr. Aramberri en aquella plaza.

Dos frailes del Colegio de Guadalupe, venidos ha dos días de San Luis, dicen que el Sr. Zuazua hizo ciento quince oficiales prisioneros en la rendición de aquella plaza. Othon había llegado á Méjico. Agregan aquellos señores que el ataque de las fuerzas de Nuevo León dirigido sobre la fortificación de San Luis fué vigorosa y bien sostenido: parece que los principales jefes se habían fugado, y sin embargo el domingo próximo pasado recibió una comunicación el general Miramón, en la que se le dice que había habido algunos fusilamientos en San Luis, bien que no sepa yo cuantos fueron, ni en cuales jefes y oficiales se decretaron.

Sabe V. que el Sr. Obispo ha salido precipitadamente de esta ciudad, para la de Tepic, el sábado 10, á consecuencia del sexto préstamo forzoso impuesto aquí? Hoy hace ocho días ha partido S. Illma. sin decir oste ni moste, y ha tomado las de Villadiego. Al día siguiente fueron á visitarle los generales Casanova, Blancarte y Miramón y se encontraron con la casa vacía, en la que sólo quedaba el secretario. Después trató el general Miramón de hacer volver á S. Illma. bien escoltado, para lo que se ofreció un coronel Miramón; pero hubo diversidad de pareceres, y se le dirigió una comunicación que contenía tres puntos importantes: 1.° Que diera el venerable clero, por ahora, cien mil pesos. 2.° Que en lo sucesivo afianzara ochenta mil pesos mensuales, mientras dura la guerra contra la constitución. 3.° Que si no había dinero en las arcas de la Santa Iglesia, pasara el Sr. Obispo una lista de los capitales impuestos á réditos, para que la autoridad militar exijiera la redención de ellos.

El lúnes anterior ha sido la requisición del préstamo forzoso, el sexto de este nombre del mes de mayo acá. El general Pérez Gómez fué comisionado para recoger las cantidades; iban entrando las personas cuotizadas al cuarto en que aquel estaba sentado, y las recibía sin saludar ni ofrecer asiento, les intimaba la cuota que tenían que dar, y á los que no la dieran inmediatamente, se les dejaba presos en el cuartel de cazadores y se les decía que á las veinticuatro horas saldrían en las filas de las tropas como soldados. Estuvieron presos todos los mayordomos de monjas; el padre Arias, secretario del obispo, por 600 pesos impuestos á la persona de aquel; el padre Aristoarena, por el fondo de capellanías; Don Ignacio Cañedo, quien un día antes había pagado dos mil pesos, y tuvo que sufrir la asignación de otros dos mil pesos; D. Sotero Prieto por dos mil, [y con esta van tres veces que el Sr. Prieto entra á la prisión de un cuartel]; D. Andrés Somellera, Urrutia, encargado de la casa de Martinez Negrete, etc. El clero dió por fin cincuenta y tres mil pesos en plata y cuarenta y siete mil en libranzas.

Augspurg enarboló en su casa la bandera de su consulado, y se largó á San Pedro, mas no sé si se le arrancaron dos mil pesos que le impusieron.

La sección Piélago que llegó hasta Tequila á recibir el armamento que vino de Mazatlán, impuso en aquel desdichado pueblo un préstamo de seis mil pesos, y después de pagado por los vecinos, Piélago entregó á saco la tienda de Don Antonio Gómez, la que fué completamente robada por los soldados. Estos entraron aquí ante ayer, trayendo el botín cargado en las espaldas, y la parte que tocó á los jefes, [entre ellos Paulin] venía en mulas de carga. Primer ejemplo que vemos en Guadalajara; figúrese V. cuan grande sería la sorpresa de los habitantes honrados, (y había muchos en las calles que recorrió á su entrada aquella sección de tropa, pues pasaba á la vez una procesión de la Virgen de Zapopan) cuando vieron que se hacía alarde en nuestra población, de un acto sumamente inmoral, y el gobierno del Departamento consentía que sus soldados entrasen cargados con el fruto de un saqueo! Sin embargo, ayer se trataba de fusilar á un soldado por un robo insignificante, y ha sido arrestado un oficial de Piélago porque desaprobó aquella conducta.

La leva se hizo aquí con todo rigor; ayer que salió la brigada de Miramón, se llevó entre las filas aun á los criados de los con-